

Víctor Vegas: El escritor que salió del closet

Por César Batiz

1

Hasta hace cuatro años, Víctor Vegas vivía una vida que era la suya, pero no su historia definitiva; o al menos no era todo lo que quería narrar de ella, ni siquiera a los niños que quizás nunca llegue a engendrar. Incluso, un buen día, cuando ya no soportaba la dicotomía de sus días y presentía que el segundero se adelantaba al punto exacto de la decisión final, se reinventó clandestinamente en Victoria Rhode, el personaje de papel que usó por unos meses para ocultarse de sus compañeros de trabajo, mientras recibía por correo electrónico invitaciones de hombres que querían mostrarle algo más de la realidad machista nacional.

Hoy Víctor camina con su ritmo trepidante, con los pasos seguros que le permiten su metro sesenta y tres centímetros de altura, con sus gestos secuestrados del proscenio teatral y las arrugas en la frente que se adelantaron a sus 39 años, pero que develan la profundidad de sus pensamientos.

El azar, las causalidades y las decisiones justas en el momento indicado, lo han traído hasta aquí, a este instante de sus avatares cuando ha dejado el anonimato, pues por mucho tiempo permaneció encerrado, separando sus dos vidas y placeres, dividiendo a los amigos, ocultándose por un lado y revelándose por el otro.

Ahora estamos en el este de Caracas, en una zona clase media alta, aquella que en su mayoría se opone a Chávez, donde prevalecen los edificios lujosos, con apartamentos de 70 metros cuadrados que pueden llegar a costar 280 mil dólares, centros comerciales llenos de finas marcas y calles, aunque con huecos, transitadas por autos como la muy popular Hummer.

Su apartamento está equilibrado, con blancas paredes tipo consultorio médico de un lado y al otro diminutos adoquines color arena que hacen juego con una decoración tan minimalista como su lenguaje. Sin fotos de familiares ni de niños colgadas de la pared, sólo un cucú que marca las horas de nuestro encuentro y unos pocos santos que desde un rincón nos vigilan. Estamos sentados en el cuadrilátero de su sala. Él persiste en el orden. Los periódicos bien doblados y en su sitio. La silla en correcta posición. Unos pocos libros alineados y todo el orden

del mundo controlado en sus manos.

Desde luego ha preparado el escenario para iniciar su relato en el que cuenta cómo ha intentado despojarse del barniz de la vergüenza. Hasta el sol favorece la puesta en escena de Víctor Vegas, el escritor que salió del closet, donde estuvo metido durante más de 15 años, mientras se dedicaba a estudiar Ingeniería en Informática en la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado, del estado Lara, y a hacer dinero como empleado de una transnacional de la embriaguez.

"La primera vez que viajé a España a recibir un premio como escritor, en diciembre de 2005, pasé por esa dicotomía al rellenar la planilla de inmigración. En el aeropuerto de Madrid coloqué como profesión ingeniero en informática. Por supuesto que no hubo ningún problema. De regreso a Venezuela me dije que tenía que asumir lo que soy, por eso en la planilla esta vez apunté: escritor. El funcionario del aeropuerto de Maiquetía me cayó a preguntas sobre qué escribía y dónde lo hacía", cuenta el narrador, consciente del menosprecio que genera en Latinoamérica, entre propios y extraños, su vocación.

2

Cuando me topé con Víctor en el taller de Periodismo y Memoria de la Fundación Polar, dictado por Milagros Socorro, me pregunté qué hacía un ingeniero en informática interesado en aprender a narrar historias. Cómo imaginarse a un hombre entrenado para desentramar el mundo de los códigos binarios, hardware, software, redes e interfaces, relatando historias propias o ajenas, metiéndose en la piel de otros, reconstruyendo sentimientos y situaciones y sólo, a fin de cuentas, empleando las pulsaciones en un teclado para algo más que resolver problemas informáticos.

Pero Víctor traía su cúmulo de historias, relatos personales que comenzaron desde "carajito" por ese gusto de contar y que le contaran historias, de poner a sus muñequitos a representar batallas copiadas de las películas de guerra de los cincuenta y sesenta que había visto en la tele. Entre todo esto hubo un momento que lo marcó, pues se dejó seducir a los 11 años por la escritura de un narrador mágico: Gabriel García Márquez y sus *Cien Años de Soledad*. Desde ese instante comenzaría a escribir como él, a ver el mundo de la escritura por los ojos de la saga de los Buendías y a pensar que Barquisimeto —ciudad a 350 kilómetros de Caracas— era Macondo.

Con la savia macondiana escribió para él, hasta que en primer año de bachillerato, en el liceo Federico Carmona, lo hizo para los demás. Su primera obra hecha pública no fue un cuento, sino un guión de teatro titulado "La deuda que nunca pagaron", inspirado en el libro *Humor y Amor de Aquiles Nazoa*. Más tarde, en 1983, año del Bicentenario de El

Libertador, cuando estudiaba cuarto año de bachillerato, ganó el concurso interno del liceo Mario Briceño Iragorry con un relato que reunía a Simón Bolívar y a Don Quijote de La Mancha.

Hasta ese momento todo parecía indicar que estábamos en presencia de un joven que acabaría en la Escuela de Letras o la de Periodismo.

"A finales de cuarto año me hicieron el *test* vocacional. La orientadora al analizar mis respuestas me dijo que yo debía estudiar Arte, Letras o Periodismo. Para ese entonces había leído el discurso de Mario Vargas Llosa cuando recibió el Premio Rómulo Gallegos, donde decía que elegir como oficio a la literatura en América Latina era un acto de locura. Y no sólo era eso, por mis lecturas conocía la biografía de muchos escritores, la mayoría había vivido en la miseria... No quería eso para mí".

Cuando relata esa encrucijada su voz es casi solemne. Mantiene el ritmo de su habla, los gestos de su cara y las filigranas de sus brazos, pero da seriedad al asunto, antes de seguir confesándose: "Tampoco podía echarle esa vaina a mi familia. Mi familia es de origen humilde. Había hecho muchos sacrificios por mí para que yo me dedicara a una profesión que no me diera la seguridad y el bienestar que ellos esperaban. Por eso escogí Ingeniería en Informática, pensando en trabajar, hacer dinero y en diez años, retomar el proyecto de ser escritor"; y así ocurrió a lo largo de los siguientes 15 años.

Sin embargo, entre graduarse de bachiller e ingresar a la universidad se encontró, por su inquietud, con una oportunidad para seguir escribiendo. "Como no obtuve el promedio de notas que solicitaba el CNU para inscribirme directamente en la universidad y comenzar en octubre" —en Venezuela el año escolar culmina en julio—, "me vi en la obligación de esperar un semestre. Sería entonces en marzo de 1985 cuando comenzaría las clases. En ese tiempo libre me acerqué a los sacerdotes claretianos para trabajar por la comunidad. Ya antes, en cuarto y quinto año de bachillerato, con el mismo interés, aunque suene contradictorio, había estado vinculado a una fracción estudiantil del Partido Comunista de Venezuela. Por motivos de censura abandoné esa fracción del PCV poco antes de graduarme. En la parroquia comencé a dar catecismo para la confirmación" —aunque más adelante confesaría posiciones muy personales sobre el catolicismo y su objeción a confesarse ante un sacerdote—. "En la Semana Santa de 1985, el párroco nos sugiere realizar una obra de teatro para el Sábado de Gloria. Así nació un grupo de teatro de jóvenes católicos, con el cual montaríamos tres obras por año en más de cuatro años de existencia".

Es aquí cuando comienzan los verdaderos conflictos de Víctor Vegas. Sus amigos de la universidad jamás se enterarían de que él hacía teatro y sus compañeros de tablas no se vincularían jamás con sus

clases. No obstante, a pesar de la doble vida y de la vergüenza que decía no tener, pero que se le escapa, hoy cuenta con felicidad ese episodio.

"Yo mantenía separado a los amigos del teatro y a los compañeros de clases. En la universidad, en cuanto al hecho artístico, fui muy gris; pese a que había un grupo de teatro en mi facultad, nunca participé. Sólo me inscribí, hacia el final de la carrera, en un taller de literatura que abrió la Dirección de Cultura de la Universidad Centrocidental Lisandro Alvarado, dictado por Igor Zamora, pero el sitio donde daban las clases era fuera del campus universitario, por eso nadie se enteraba de lo que hacía. Casi tres años después, cuando estaba trabajando para Seagram & sons Ltd." —desaparecida empresa fabricante y distribuidora de bebidas alcohólicas—, "me llamaron para que asistiera a un acto de presentación de un *plquette* con microrrelatos que yo había escrito antes de graduarme. El acto fue con brindis y todo. Hasta se me acercaron tres personas para que les autografiara la publicación. Pero a este acto no invité ni a mis compañeros de trabajo ni a los que estudiaron conmigo".

Al tiempo que se iniciaba profesionalmente como ingeniero en informática, participó, en 1993, en el concurso de cuentos del Centro Cultural Lara con su relato "Las Leyes de Prakriti". Aunque quemaba sus últimos tintazos creativos de esa etapa de su vida, la buena estrella que favorece a los talentosos y apasionados, le permitió ganar el primer lugar. Una vez más, ni los compañeros de trabajo se enterarían de que a su lado tenían a un aspirante a escritor. La vergüenza superaba las ganas de inmortalidad.

Ese fue el debut y despedida del Víctor Vegas escritor, por lo menos durante la próxima década. Desde entonces se encargaría de incrementar sus cuentas bancarias, en cero al inicio de su vida profesional, y a cosechar victorias sobre redes y sistemas complicados aplicando la creatividad, aquélla que antes había empleado para ficcionar historias y escribir diálogos de teatro amateur.

Como ingeniero en informática ocupó la mayoría de los cargos posibles en la jerarquía profesional, desde analista-programador en período de prueba hasta gerente de tecnología encargado de los departamentos de sistemas de Seagram & sons Ltd en Brasil, Argentina, Colombia, Costa Rica, México, República Dominicana y Venezuela. Su desempeño en la aplicación de soluciones integradas e innovadoras, llevaron a que la revista IT Manager de Venezuela lo incluyera, en 1999, entre los 25 gerentes de tecnología del año, hechos que rememora con las imágenes frescas del éxito.

"Había momentos en los que me sentía cansado y desmotivado. Pero por azar, o porque se lo manifestaba a mis jefes, llegaban nuevos retos que me estimulaban a seguir. Los retos me encantan tanto como

la literatura”.

Pero al final llegaría el momento de las decisiones. En 2002, la empresa en la cual trabajaba pasaría a manos de nuevos dueños, quienes ya contaban con sus equipos de tecnología totalmente armados. Víctor comenzaba a contar sus días como ingeniero y a deshojar los manuscritos pegados en el tiempo.

3

Poco antes de salir de Seagram apareció en su vida Victoria Rhode. Ella era él, su camuflaje de papel, nombre con el cual firmaría la veintena de artículos que publicaría entre julio de 2001 y diciembre de 2002 en la sección de opinión del diario El Nacional. “Al principio quise abordar temas femeninos desde el punto de vista de la mujer, con la ayuda de Irma, mi esposa” —sí, hasta ahora no lo había dicho: Víctor está casado—. “Hasta le abrí una cuenta de correo para que se comunicaran con ella. Uno de los primeros artículos fue criticando al típico ‘macho’ venezolano. Para mi sorpresa no me escribieron mujeres, como había pensado, si no hombres ofendidos y otros que incluso me invitaban a salir para explicarme que las cosas no eran exactamente como yo las describía”.

Uno de los artículos más polémicos firmados por Victoria fue el titulado “Bichos Raros”. Allí la autora-autor (o viceversa) habla de una pareja amiga que pese a sus más de cinco años de casada no tiene hijos. Sus vecinos y amigos se lamentan de su suerte hasta que una entrometida se entera de que la falta de niños en la casa, responde a una decisión concertada entre el hombre y la mujer, pues ellos no quieren traer más muchachos a un mundo superpoblado.

“Una compañera de trabajo que gusta de leer y me conoce bien, vio el artículo y me preguntó si yo tenía una amiga llamada Victoria Rhode, pues había escrito en El Nacional una historia parecida a la historia de Irma y mía. Por supuesto en ese instante se lo negué, hasta que, meses después, cuando ya estábamos saliendo de la empresa, le confesé que Victoria era yo”.

Sería su primera confesión. Luego, cuando ya estaba lista su salida de la empresa licorera y su despedida de los 60 mil dólares anuales que comprendían su paquete, el resto de sus compañeros se enterarían: “Estás loco”, le dirían algunos, y los más bromistas le comentarían con su carga de prejuicios, “¿acaso te metiste a gay?”.

Pero no. Era la decisión que había madurado. “Claro, si no me hubieran despedido quizás estuviera haciendo lo mismo y este proyecto —el literario— seguiría engavetado, esperando. Pero me botaron y me ayudaron a decidirme. Desde luego, también contaba con el apoyo incondicional de Irma”.

4

A Irma la conoció en la empresa en la cual trabajaba como gerente de tecnología. Ella ocupaba un cargo similar en una compañía consultora. Ella es experta en base de datos. La primera vez que se encontraron le provocó rechazo por su supuesta ínfulas de superioridad y autosuficiencia, aunque él aclara que el sentimiento fue recíproco.

En este momento en que hablamos de Irma, ella está bajo la regadera, con sus casi un metro setenta centímetros de estatura —¿los hombres bajos las prefieran altas?—, su belleza natural —minimalista también—, su pelo corto y piel no tan blanca, pero tampoco oscura. Víctor habla de ella y no secretea. La trompeta de Miles Davis ambienta la escena. Entre ellos toda confidencia parece estar dicha, pues desde que se conocieron por lo menos él ha sido completamente transparente.

“Ella supo que yo escribía desde que comenzamos a salir. Ahora ella es la primera que lee lo que escribo”. Además fue la primera que le dijo, en 2003, que había llegado el momento de que se dedicara a su vocación.

Víctor tomó el tren en la primera estación. Retomó los manuscritos que había visto por última vez en 1997, año en que se casó con Irma. Entre esos escritos estaba “Mensajes en la pared”, relato que le da nombre al libro publicado recientemente por Monte Ávila Editores.

Pero no sólo Irma le brindó su apoyo. La familia, a la que ayudó económicamente durante sus 10 años de trabajo en la transnacional de la embriaguez, aplicó el mismo albedrío de siempre. “Mi papá, que apenas culminó la primaria, nunca me dijo qué estudiar, pero me pedía que tuviera una carrera profesional... Cuando decidí dejar el trabajo para dedicarme a escribir, ellos sabían que esa había sido siempre mi vocación”, aunque, claro, ninguna de sus dos hermanas, ni sus padres, habían leído algo de lo escrito. Sólo un hermano, Víctor también, nacido fuera del matrimonio, fue su crítico y animador hasta que un accidente laboral lo dejó sin alma en la piel.

El otro Víctor no se equivocó en animarlo, por lo menos así lo dicen los 16 premios nacionales e internacionales que ha recibido desde 2003 por su obra en poesía, dramaturgia y narrativa. Tampoco erró su esposa, a quien le corresponde correr con los gastos de la casa en moneda nacional, mientras él mantiene, o intenta incrementar, los ahorros en dólares obtenidos de la liquidación de su antiguo trabajo invirtiendo en mercados internacionales, para velar por el futuro de la familia, de la pareja.

5

Otro convenio existe entre Irma y Víctor. Cuando se casaron, él le dijo a ella que no deseaba tener hijos. "No los voy a tener por obligación. No me nace tener hijos". Eso lo supo la esposa desde el principio e incluso se dieron un plazo hasta los 35 años para decidir si traerían a alguien al superpoblado planeta tierra. Pero ya están a punto de apagar 40 velas. "Ahora no queremos ser abuelos... Irma está más cómoda así... Yo también... No pudiera hacer lo que estoy haciendo si tuviera niños".

Para cuando llegue la vejez han tomado la previsión de que los ahorros en dólares se convertirán en la garantía de un fin de vida tranquilo, con todos los gastos pagados.

Mientras tanto, Víctor sigue sus días. Desde temprano se levanta a revisar los periódicos, luego escribe y más tarde lee el libro de turno, preferiblemente si es de Cortázar, Coetzee, Auster, Houellebecq o Bolaño. Sino, escucha música, de cualquier tipo, desde cantautores venezolanos hasta Björk, Nirvana, Shakira o Rubén Blades, pues sólo con oír se conforma pues a pesar de su gusto por el arte musical, no sabe charrasquear ni el tradicional cuatro. Los domingos va al teatro con Irma, o al cine, de acuerdo con la película que él haya escogido, por supuesto, si hay algo de Kubrick, Ridley Scott, Tim Burton, Wong Kar-Wai o Roland Joffé, mejor para Víctor; no sé si para ella.

Al final, hoy el Víctor que estuvo oculto, viviendo a la sombra del exitoso ingeniero, agradece el dinero que éste le dejó y el hecho de haber conocido lugares y gentes con los cuales alimenta sus historias. Ambos Víctor no se reprochan nada, pues ambos existen gracias al otro, aunque la vergüenza los encerró en una historia que el escritor ahora comienza a contar.

Caracas, marzo de 2007